

GONZALO ANES Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, *IN MEMORIAM*

Carmen SANZ AYÁN

Real Academia de la Historia

La voluntad del presidente de la Fundación Española de Historia Moderna, D. Eliseo Serrano Martín, ha facilitado que pasados ya unos meses desde el fallecimiento de Gonzalo Anes, el 31 de marzo de 2014, me haya correspondido el honroso cometido de trazar su semblanza para esta publicación. Agradezco tanto el encargo, como la relativa distancia temporal con la que se me ha encomendado pues esta circunstancia me ha permitido recordar, con más sosiego y sin la angustia de la inmediata pérdida, lo que Gonzalo Anes ha significado para varias generaciones de historiadores.

Puntal de la Real Academia de la Historia desde su ingreso en 1978 y su Director durante cuatro mandatos consecutivos, desarrolló una brillante labor como miembro de la comunidad universitaria y como historiador modernista. Nacido en Asturias (Trelles-10-XII-1931), cursó estudios en Madrid donde se licenció en Filosofía y Letras en 1957. Amplió estudios en París en los años 1959 y 1960 y, a través de Pierre Vilar, pudo asistir a los cursos que por esas fechas dictaban en la Sorbona Ernest Labrousse y Fernand Braudel. De vuelta a España, Luis García de Valdeavellano y Ramón Carande fueron sus maestros a quienes debía, según sus propias palabras «... no sólo saberes específicos y métodos, sino actitudes ante la vida». Fue merecedor del Premio Nacional de Historia (1995), del Premio de Economía Rey Juan Carlos (2006) y del Premio Rey «Jaume I» de Economía (2009) además de recibir los nombramientos de Doctor «Honoris Causa» por las Universidades de Alicante y Oviedo.

La publicación de su tesis doctoral en 1970, bajo el título *Las Crisis agrarias en la España Moderna*, tuvo amplio eco historiográfico mientras consolidaba su carrera docente en la Universidad Complutense donde organizó, en los primeros años de la década de los setenta, un seminario académico que hoy llamaríamos «interdisciplinar» por el que pasaron, entre otros, John Elliott, Pierre Vilar, Ramon Carande, Pierre Duby o Douglass North. Como solía decir, todo aquello fue posible porque «la España real era más abierta que la oficial» y porque el coraje,

aunados con la inteligencia y el talento fueron cualidades que puso al servicio de la universidad a la que pertenecía sin escatimar esfuerzos.

Desde el respeto y la admiración a sus maestros, se convirtió en nexo de unión con las siguientes generaciones de historiadores de distintas escuelas dedicados a la economía de la época moderna, discípulos unos de Jaume Vicens Vives, -entre ellos Josep Fontana o Jordi Nadal-, y otros más próximos como el reciente y tristemente desaparecido Ángel García Sanz.

También durante esos años se hizo cargo de la dirección de la revista *Moneda y Crédito*, que sin índices de impacto por aquella época era, sin duda, una de las más prestigiosas publicaciones de historia económica dentro y fuera de España. Fue en esa circunstancia cuando tuve la fortuna de conocerle, en 1984, cuando acudí a su despacho para entregar, por indicación de D. José Alcalá-Zamora, el original de un artículo para su evaluación. Supe desde entonces, y más tarde como miembro del tribunal de mi tesis doctoral, de su minuciosidad y rigor investigador y de su personalidad siempre generosa.

Maestro en el análisis de estructuras de larga duración, solía advertir de los peligros de centrarse en el análisis de los problemas que vivieron las gentes de una época, olvidando completamente a las personas que pasaron por ellos. También desde su sosegada valentía y desde la reivindicación de una escritura histórica rigurosa, precisa y clara, denunció los excesos crípticos de las metodologías tecno-históricas que «...no interesan lo necesario a los economistas y que no entienden los historiadores»¹.

En contraste con nuestros días en los que el criterio y la opinión del historiador parecen tener poco peso en la sociedad civil, participó en las instituciones culturales más importantes del país, desde el Museo del Prado a Patrimonio Nacional, o en las económicas, como el Banco de España e incluso en empresas privadas punteras. Durante los últimos años en los que colaboré con él en la Real Academia de la Historia, pude apreciar su profundo sentido institucional, su rechazo a valorar a las personas según etiquetas para hacerlo únicamente por la calidad de su trabajo y su capacidad para conciliar distintas sensibilidades en la conquista de un proyecto común. A pesar de su elegante timidez, que a veces le hacía parecer distante, poseía un fino humor que se convertía en el mejor cortafuegos contra cualquier atisbo de intolerancia incluso en momentos duros, como el vivido en 2011 cuando fue objeto de furibundos y desproporcionados ataques personales a cuenta de unas específicas voces de su más querido proyecto, el *Diccionario Biográfico Español*. La obra, con casi 50.000 entradas y con la labor de más de 5.000 historiadores que escribieron sus biografías, se convirtió en bandera político-mediática y fue juzgada, en general, con prejuicio y desconocimiento. Durante el mes de abril

1. *Vid.* Discurso de recepción del Dr., «Honoris Causa» por la Universidad de Alicante.

de 2014, a escasos días de su fallecimiento, el *Diccionario* fue objeto de un acto de presentación en la Facultad de Económicas de la Universidad Complutense, como acto de reparación y de reconocimiento póstumo a su imprescindible magisterio. Para los historiadores presentes y venideros queda la obra de más de cuatro décadas de entrega incesante a un trabajo que le apasionaba, para los que le conocimos queda, además, el ejemplo de su elegante cortesía y de su generosa liberalidad intelectual.